

7
Licenciado Pedro Henriquez Barahona

DISCURSO

DE INAUGURACION DEL MONUMENTO

QUE

EL I. AYUNTAMIENTO DE LA CAPITAL

CONSAGRA AL

MAESTRO REYES,

AUTOR DEL HIMNO NACIONAL.



SANTO DOMINGO.

Imp. «La Cuna de América».—Vda. de Roques y C^ª

1911.

30961

Dr

Para Federico.

Rud Henry

DISCURSO

DE INAUGURACION DEL MONUMENTO

QUE

EL I. AYUNTAMIENTO DE LA CAPITAL

CONSAGRA AL

MAESTRO REYES,

AUTOR DEL HIMNO NACIONAL.



SANTO DOMINGO.

Imp. «La Cuna de América».—Vda. de Roques y C^ª

1911.



12320

BN
7-20-92
R 921d
e. 2

Señores:

La noticia de haber sido yo designado para este discurso llegó á mis oídos como el acento de una música nueva y hermosa; y la atracción que ejerció sobre mi espíritu fué de tanto poder que no tuve fuerza bastante á contener la inmodestia, declinando tan alta honra; sino que trasponiendo las apacibles flores que allá, al pié de mi montaña, perfuman mis silentes añoranzas y alegran mi dulce labor de humilde maestro de escuela, he corrido hácia aquí, ansioso de acercarme á esta gloria como si pudiera ser que poniéndome debajo de ella

POR LEY 14-6-84

023503



rozase con mi frente una hoja, siquiera, de sus inmarcesibles laureles.

Laureles inmarcesibles son, en efecto, los que ciñen las sienes del varón afortunado que al conjuro de su inspiración feliz graba con acordes sublimes el sentimiento de la Patria en el alma de sus conciudadanos.

Un himno nacional es una acción de gracias, es un voto y es una jactancia.

Es una acción de gracias que, por haber logrado patria y libertad, que es como decir hogar y persona, eleva la ciudadanía al azul del Infinito Providente. Es el voto con el cual se obliga el pátrio amor bizarro á prestar las potencias de sus brazos y á ofrendar hasta la última gota de su sangre para nunca perder la patria que solo se resignarían á perder los desgraciados en cuyo rostro se hubiera estinguído ya, con el último reflejo del sol, el último carmín de la vergüenza. Es la jactancia de quien se siente más grande que todas las alturas; más fuerte que todos los bríos, y más valiente que todos los leones de la tierra, cuando, señor en su terreno *suyo*, lanza al cielo

su flecha, como el hijo de las selvas uruguayas, para verla caer y enterrarse en el suelo, dispuesto á despedazar entre sus dedos de hierro al imprudente ó al temerario que tuviera la osadía de arrancarla.

Antes que arrancarle su patria le arrancarían las entrañas á quien, cantando su himno de libertad, sabe que primero que se empañe el rubor de un pueblo es mil veces preferible que se lo trague el mar ó que se avienten sus cimientos en una inmensa y formidable erupción volcánica.

A José Reyes, Señores, cupo la singular fortuna de legar á sus hermanos en la patria la melodía misteriosa que enciende el fuego del patriotismo y anima el sentimiento de la integridad nacional, lo mismo en la paz que en la guerra; sí, lo mismo en la paz que en la guerra. He ahí el secreto.

Cualquiera inventa un himno; cualquiera inventa cien himnos; pero el himno nacional solo lo enciende el que tenga dentro de su cerebro, como las entrañas de la tierra, los invisibles gnomos que crean y purifican las piedras y los

metales preciosos, que al beso de la luz deslumbran con su brillo y encantan con la magnificencia de sus primores. Entonces es el himno nacional la «Marsellesa» que inmortaliza á Rouget de L'Isle, El «Dios Salve al Rey», que transfigura á los ingleses, el Himno de Riego, que, cuando el caso lo pida, pondrá en los labios de fuego del valiente ibero las voces de Santiago! y Cierra España! ó el *Igi-aya-bongbe*, (Primero muerto que esclavo) con que enterró para siempre su estandarte hecho ya girones en cien combates que libró el honor, la raza noble, si desgraciada, de Caonabó, de Guarocuya y de Cotubanama.

Ah! el sentimiento de la dignidad nacional engrandece á todos los pueblos, ora vivan ricos y felices como Francia, por ejemplo; ora mueran despedazados por los perros de presa como la miseranda estirpe que fué un día sol en los Incas, rayo de luz en Méjico y señor de su derecho en todo el Continente Americano.

Un himno nacional es un alarde santo. Ese alarde es, como el *vadimonio* de los antiguos

romanos, la fianza previa que se presta para asegurar que se acudirá á la cita.

¿Y se dará el hilarante caso de que un pueblo que cante su himno de libertad como blasona, en sus amores con el viento, la altiva palmera de los montes empinados, dé la espalda al llamado del honor? Oh! no; que los ilotas no cantaron himnos; ni se envolvieron los eunucos en los ampos immaculados de la túnica de Graco, ó de Coriolano.

José Reyes merece esta apoteosis; porque si no fué él ni el verbo redentor de Duarte, ni la espada flamígera de Sánchez ni el arcabuz decisivo de Mella, sustenta con el vibrar sublime de las notas de fuego que se condensaron en su mente la obra sagrada de nuestra bendecida nacionalidad. A los acordes del himno nacional de José Reyes, cantados en la paz, (hablara yo como Don Juan Montalvo), arden sin quemar, como las selvas de Horeb, sólo para iluminar los sitios de la libertad, los pajones de Santomé y los árboles de Capotillo. Esos fuegos quemarían si el *mí bemol mayor* de los soberbios compases saliera de los clari-

nes de guerra concitando á la pelea por la Patria. Otra vez se subirían sobre aquel baluarte glorioso de Febrero los que supieron envolverse en el sudario de la bandera de cruz allá, en el Cercado; y otra vez bajarían de la encendida Colina aquellos leones de la guerra que se llamaron Monción, Pimentel, Salcedo, Imbert, Federico García, Luperón. . .

Pero, Señores, se me ha pedido la apología del Maestro Reyes y he aquí que os estoy entreteniendo en consideraciones tan distintas del punto á que debiera concretarme.

Digo mal; distintas no: porque en sabiéndose lo que vale y cuánto puede para un pueblo su himno sentido y amado, quedará la apología condensada en estas breves palabras: «José Reyes es el autor del Himno Nacional Dominicano».

Qué otro título, si no fuere el de padre de la patria, contiene más elevado elogio?

Aquella alma de niño tenía convicciones de apóstol. Su fé en la virtualidad de la educación para salvar á la Patria de sus continuas luchas fratricidas lindaba con el fanatis-

mo. Creía él que cuando el lenguaje de la edificación fuera el del idioma eminentemente espiritual del arte de las armonías, el éxito sería completo. Por eso su gran aspiración, su doble sueño de patriota y artista era componer un himno que les llegara al corazón á sus compatriotas y avivara cada vez más en ellos el sentimiento de la nacionalidad, para que amaran intensamente su suelo, su cielo, sus montañas, sus ríos, su hogar nativo, sus glorias nacionales, sus héroes, sus instituciones, sus libertades, su independendencia, su integridad y su honor nacional.

Creía él que cuando los dominicanos tuvieran un himno que sintieran y cantaran con amor, afirmarían tanto en su alma el sentimiento de la patria, que llegarían á estar completamente seguros, en sí mismos, de ser dominicanos para siempre.

Y compuso su himno.

Qué tristeza, y qué angustia y qué decepción tan grandes le cayeron encima cuando, impaciente por alcanzar el éxito que había soñado, apenas transcurridas las dos ó tres pri-

meras semanas del estreno de su obra, no la oía cantar por ninguna parte. «No gusta», decía; «no he acertado á conmover al pueblo». Y se moría de pena.

Pero un día, precisamente en momentos en que su tirano, el dios Mercurio, le estaba siendo muy propicio, como para atraérselo completamente á su devoción, lanzó con violencia el Caduceo afortunado que el dios había puesto en sus manos en prueba de grande estimación y cariño, y envolviéndose en la púrpura luminosa de Apolo, salió corriendo hácia la morada vecina de un su amigo, á quien comunicó, trémulo de emoción y radiante de alegría, que un vendedor de yerba había pasado por su casa de comercio tarareando su himno.

De tararearlo á cantarlo no había más que un paso; de cantarlo á sentirlo no habría, quizás, mucha distancia; sentirlo y amarlo serían una sola cosa; y ya podría él, José Reyes, con alma sonreída de gozo, retirarse á reposar, triunfante, á la región venturosa de la inmortalidad.

El vendedor de yerba lo cantó á una virgen, talvez en una noche de idilio, cuando las estrellas empezaban á titilar, saludándose.

La vírgen se reclinó sobre la corona de rosas del hijo de Caliope y cantó la música aprendida, en tanto que mecía una cuna; un niño balbuce ya las adorables notas; y así, de labio á labio y de corazón á corazón recibió el Himno Nacional de José Reyes su primer bautismo: su bautismo de amor. Porque, tres son, Señores, los bautismos por los cuales tiene que pasar todo himno si pretende quedar absolutamente consagrado. El bautismo del amor, el bautismo de la fé y el bautismo de la gloria.

El de la fé lo tiene también recibido el himno del Maestro Reyes; porque no existe ya un sólo dominicano que al cantarlo ó al oirlo no sienta en el alma la seguridad absoluta de sus derechos de ciudadano libre y el valor y la fuerza capaces de vencer todos los obstáculos del mundo que se opusieran á la libertad y á la independendencia de la Patria.

Y si aconteciere... oh! que no acontezca!...
Y si aconteciere que ineficaces las reglas de la

civilización para dirimir diferendos que suelen perturbar las relaciones amigables de los pueblos, ó que burladas las leyes del derecho de gentes, le fuere forzoso al dominicano volver por su honra entre fusiles y por sus sagrados fueros entre espadas, volaran como divinas aves del sol las encendidas notas á la gran bendición del dios de las batallas; y desplegando al impulso de sus potentes vibraciones la bandera de cruz que flotará gallarda, y sirviéndoles de paraninfos ilustres los espíritus de Duarte, Sánchez, Mella, Duvergé, Pimentel y Luperón, recibirán el bautismo de la gloria entre los humos de la victoria nacional.

EMILIO PRUD'HOMME.

